

—Seguro, hija mía. Ahora mismo acaba de preguntarme si le permito que me acompañe hasta casa. Yo le he dicho que sí. ¿No te parece bien hecho?

—Sí; muy bien.

En realidad, lejos de parecerle bien, parecía muy mal. Como todas las sensitivas enamoradas, Luisa creía que una mujer no tiene derecho a venderse sino en casos muy graves y sólo para no morir de hambre... Pero su amiga no estaba en esas circunstancias, sino que, por el contrario, casi era rica con sus ochenta duros de renta y los ciento veinte que en el concierto ganaba. ¡Mil pesetas al mes!... ¿Qué más quería?

TERCERA PARTE

I

Hacia más de un mes que Ofelia y Eugenio se veían casi todas las noches en el almacén de Maravillas, bajo la corona de cartón dorado del gran lecho imperial. El chico llegaba a las diez en punto y, escondiéndose por los pasillos llenos de antiguas decoraciones, dirigíase hacia el almacén, cuya llave llevaba siempre en el bolsillo en su calidad de secretario suplente del concierto.

Porque Eugenio tenía ya un empleo, que la cantadora le había conseguido. Era escribiente de Roccarío, con treinta duros de sueldo al mes, y trabajaba cuotidianamente, de las dos a las seis de la

tarde, en copiar programas, en preparar elencos, en poner en limpio las cuentas de los artistas y en responder á los que dirigían solicitudes ú ofertas. Al nombrarle, dándole el título pomposo de «secretario», el italiano había jurado que hacía un sacrificio; mas, en realidad, lo único que hacía era un ahorro de ciento cincuenta pesetas mensuales, pues el secretario verdadero, que cobraba sesenta duros, hallábase con permiso indefinido y probablemente no volvería nunca.

Como sucede por lo general, en casos análogos, todo el mundo se había enterado de la traición de que Luisa era víctima, y sólo la engañada la ignoraba. ¿Quién se lo había de decir? Rip-Rip callábase por caridad y Rosalba por miedo, á pesar del deseo que ambos tenían de jugar una mala partida á la cantadora orgullosa y perversa. Los demás guardaban el secreto por indiferencia, creyendo que nadie debe meterse á redentor si no quiere exponerse á salir crucificado; y en cuanto á Noemí, contentábase con decir que «no lo creía», que «no podía ser», sin ahondar en el misterio, y conformándose á las doctrinas magnánimas de Lorenzo, que creía que es una infamia abrir los ojos á un

ciego para no ofrecerle sino el espectáculo horrible del mundo.

Noemí tenía, además de esas, otra razón para no cometer el acto valiente, franco, brutal, de descorrer la cortina de la realidad ante su pobre amiga: y era la amargura que la había dejado en el alma la huida vergonzosa de su noble portugués.

Durante toda una semana, en efecto, el senador de las grandes luchas contra los republicanos acompañola casi á diario á la salida del concierto, y dos ó tres veces aceptó noblemente la hospitalidad que ella le ofreciera en su lecho, diciéndole:

—Yo querría verte en un palacio y no en este cuarto, porque tu belleza espléndida merece un cuadro de oro, como los retratos de las reinas que sonríen en los museos. Si no temiera ofenderte, yo mismo te ofrecería tal cuadro.

—Tú no me ofendes nunca, hermoso moreno de mi corazón—respondíale Noemí.—Contigo iré á todas partes.

*—¡Pero es que soy portugués!

—Por eso te quiero más aún: porque eres portugués y noble.

—¿Sabes acaso lo que es ser portugués? Nosotros venimos del desierto, como Otelo, y nuestras mujeres infieles acaban cual Desdémona.

—Yo te adoraré toda mi vida... con toda mi alma...

—¡No!

—Sí... sí... Te lo juro...

—¡No!

Una noche al fin, el senador se dejó convencer de la futura fidelidad de su querida, y la ofreció para el día siguiente una entrevista seria, en la cual combinarían un verdadero y suntuoso rapto.

¡Con qué júbilo esperaba la bailarina el momento de la cita! Desde muy tempranito principió á perfumarse el pecho, el vientre, las piernas, con más cuidado que de costumbre, por sí era menester firmar desnuda el contrato. Sus más ricas camisas, las que la envolvían en flores haciéndola un íntimo velo primaveral, parecíanle miserables para la circunstancia, y en cuanto al traje, ninguno se la antojaba digno del duque. Al fin de muchos ensa-

yos solitarios ante el discontentadizo espejo, resignóse á endosar un vestido de muselina de seda, enteramente blanco, con cuatro volantes de diáfano encaje que bajaban desde la cintura, formando una sobrefalda ligera y móvil, con un talle, casi transparente, á través del cual se percibían las rosas de los senos y el alabastro de los brazos...

—¡Estoy aceptable!—dijose al fin.

Y en verdad, así vestida, con la cabellera rizada en amplias ondas de oro, con los ojos brillantes de alegría, estaba más bella que nunca y más que nunca provocadora.

La entrevista debía verificarse á las dos; pero media hora antes, habiendo apenas almorzado, la bailarina tomó posesión de su *chaise-longue* y, contando los minutos, esperó...

...Y dieron las dos, y luego dieron las tres, sin que nadie fuese á buscarla. A las cuatro, ya en el paroxismo de la impaciencia, dirigióse á su alcoba con objeto de leer de nuevo la tarjeta en que el duque mismo escribiera la víspera la hora de la cita, y que se hallaba depositada en un guarda joyas de cristal, sobre la chimenea. ¡Ni tarjeta, ni alhajas! El pseudo senador había levantado el vuelo, al reti-

rarse en la madrugada, llevándose un reloj de oro y una sortija de esmeraldas.

Por la noche, en el saloncillo, Lorenzo quiso consolarla, y la dijo:

—Ya sabía yo que ese portugués era un griego... Lo conocí en que tiene acento portugués... Otra vez...

Una bofetada le cerró la boca. Todo el mundo se echó á reir, mientras el pobre barítono, con el rostro escarlata de vergüenza y de cólera, murmuraba, tratando de sonreír:

—Yo soy el que pago las esperanzas rotas... Peor para mí... Al fin y al cabo nadie me obliga á meterme en lo que no me importa... Cuando una amiga nuestra pierda un príncipe ruso, no me pondré al alcance de su blanca mano...

De eso hacía veinte días.

...En apariencia Noemí estaba ya consolada; pero siempre conservaba la sensación humillante del engaño, y eso la hacía mirar con cierto gusto el enga-

ño de que los demás eran víctimas. «A mí—pensaba—nadie me dijo que el duque era un simple ladrón. ¿Por qué he de decirle yo á Luisa que su amante es un rufián?»

Una noche, Rip-Rip llamó aparte á Ofelia, y la dijo:

—¿Es cierto que Eugenio es tu amante?

—No, mi amante no; es el amante de tu ídolo.

—Rosalba te ha visto con él, dos ó tres veces, en el fondo del almacén.

—Eso no quiere decir que sea mi amante...

—En fin, lo que te pregunto es que si el chico y tú...

—¿Nos acostamos á veces juntos?

—Sí.

—De cuando en cuando...

—Yo no te había creído nunca verdaderamente mala. Tu leyenda de grandes vicios y de aventuras terribles, parecíame un medio de llamar la atención. Hoy veo que es real... que eres innoble... que tratas de hacer daño por mero gusto de hacerlo... que no tienes entrañas, ni sentimientos... ni...

—¿Ni qué?

—Ni nada... ¡Eres un monstruo!

—Muchas gracias... Y no hay de qué. El muchacho me gusta y yo le gusto. ¿Por que no hemos de hacer algo más que mirarnos y sonreirnos?... Tu debieras tratar de arreglarte con Luisa, puesto que estás loco por ella y no la dejas sola un momento. ¿Quieres que te indique un medio de conseguir sus favores? Pues no tienes más que decirla que su amante y yo la engañamos... y luego consolarla... en la cama...

El clown se alejó, volviéndola la espalda con desprecio y repugnancia. Como observador, había visto la inconsciencia casi infantil con que Eugenio se dejara seducir por la mujer viciosa que supo ofrecerse impudicamente desde luego y que en seguida le reveló las más bajas locuras del placer carnal. Para él, como para casi todo el mundo, el querido de Luisa era un tímido vanidoso, sin sentido moral y sin inteligencia ninguna, que vivía con una mujer por costumbre y que, por orgullo, la engañaba con otra, sin querer profundamente á ninguna de las dos. Una cólera ciega atormentaba al clown, que hubiera querido, en sus ímpetus de

honradez sentimental y de adoración por la bailarina, encontrar juntos á Eugenio y á Ofelia, para apalearlos como los campesinos apalean, en las rutas estivales, á los perros que ayuntan bajo el sol canicular...

II

Una noche Rosalba, cuyo cuarto estaba situado en el fondo del escenario, vió entrar en el almacén á Eugenio y á Ofelia enlazados por el talle.

«Son unos indecentes»—pensó. Y una idea definitiva que su bondad de alma, su cariño por la bailarina y su deseo de vengarse de los malos tratamientos de la cantadora le sugerían muy á menudo, germinó de pronto en su cerebro, con fuerza definitiva.

«Es necesario delatarles»—pensó.

Vistióse rápidamente y voló hacia el saloncillo á la sazón desierto. Por primera vez, Noemí y su compañera bailaban un nuevo arreglo de Roccario,

en el cual, vestidas de negro la una y otra de blanco, representaban las horas del día y de la noche, simbolizando los instantes alegres ó tristes de la vida en cadencias de cuerpo más ó menos lánguidas, más ó menos rápidas, más ó menos lascivas. El poema musical estaba dividido en doce estrofas.

Cuando Rosalba se aproximó al telón interior para esperar el final del espectáculo, los címbalos marcaron, con once toques argentinos, el principio de la hora en que los amantes se levantan y se acuestan. Noemí representó el despertar, sacudiendo, al compás de la orquesta, su linda melena de oro, estirando los brazos, meciéndose aun adormecida, en el espacio. Luego vino la alegoría de la misma hora nocturna, el instante en que los amantes se meten en la cama, la dulce oscuridad de la noche aconsejadora de ardientes caricias y de besos sin fin. Un estremecimiento voluptuoso sacudió el cuerpo esbelto de Luisa, y las lentejuelas temblaron en su pecho con cabrilleos de oro. ¡El amor! ¡El sacrificio á Venus! ¡El triunfo de Eros!... Los brazos de la artista buscaban al esposo ideal, le atraían, le estrechaban, le retenían prisionero en tan dulces cadenas, y no le soltaban sino cuando el

sacudimiento del espasmo iba ablandando, poco á poco, en ondulaciones de un movimiento lleno de languidez y de lujuria, los miembros antes tiránicos...

Algo había en la bailarina, al ejecutar tal símbolo, que no era habilidad pura, ni pura ficción, sino verdadero sentimiento de la Realidad encarnada en el Arte. Más que la bailarina, era la mujer quien vibraba en el escenario, ante el público.

La consciencia de que todas aquellas caricias iban á un hombre que apenas las merecía y que ni siquiera sabía apreciarlas, fortificó á Rosalbá en su designio. «Es necesario decirselo todo»—pensó. Y algunos minutos más tarde, cuando la pobre artista salió hacia su cuarto, sonriente, triunfante, jadeante, detúvola por el brazo y la dijo sin preparación ninguna, como quien planta un puñal en el pecho:

—Eugenio te engaña.

«¿Eugenio?»... Eran tan terribles tales palabras, que ni siquiera la hicieron daño. No las entendió, no supo lo que significaban. Sus labios murmuraron:

—Eugenio...

—Sí—prosiguió la corista,—te engaña con Ofelia.

—¡Hace bien!—exclamó la pobre Luisa, tratando de seguir su camino y no sabiendo lo que decía.—¡Hace bien!...

Y sus manos, que se extendían hacia la izquierda con objeto de rechazar á Rosalba, tuvieron que asirse de una mampara entreabierta para que su cuerpo no se desplomara.

«¡Con Ofelia!... Y ella no lo había notado... Y sin duda hacía ya mucho tiempo... ¡En verdad, era necesario ser una imbécil!... Con la rapidez del relámpago pasaron por su recuerdo todas las sonrisas de la cantadora: las sonrisas de sus canciones, las sonrisas á mil hombres dirigidas... Y todas le parecieron destinadas á su amante... «¡La engañaban!»

—No, no puede ser...; es imposible—dijo después, tratando de creer que una alucinación la atormentaba y que nadie la había dicho una palabra...

La corista la dió el brazo y la condujo hasta la puerta del almacén, donde la aseguró:

—En este momento están allí, en la cama dorada del concierto. Entra.

—No... no puedo... no quiero...

—Entra...

En ese momento preciso, Ofelia y Eugenio salían del almacén y se daban el último beso antes de dirigirse, cada uno por su lado, hacia el saloncillo. Un grito doloroso, un grito cruel, un grito que era á la par rugido y lamento, les heló la sangre en las venas.

Luisa estaba allí, delante de ellos, pálida como una aparición, con las pupilas extraviadas y los brazos en cruz.

Hubo un segundo de angustioso silencio, después del cual Ofelia quiso hablar, para disculparse tal vez, tal vez para insultar... Sus palabras se perdieron en la trágica penumbra, mientras Luisa salía huyendo hacia su cuarto con objeto de no oirlas.

Algunos minutos después, Rip-Rip vió partir precipitadamente á una sombra envuelta en un manto obscuro, y reconociendo en ella á Luisa, la siguió.

—¿A dónde iba sola y á esa hora? ¿Al boulevard?... No... Más bien á los mercados, pues en vez de seguir por la derecha, tomaba la calle Montmartre hacia abajo, andando muy deprisa... En los mercados, una farmacia está abierta toda la noche... ¿Iria

á la farmacia?... ¿Estaría enferma?... Pero entonces ¿por qué no tomaba un coche?... Si... Indudablemente iba á buscar un remedio cualquiera... ¡Y qué deprisa iba!... ¡Más deprisa que los carruajes!... Parecía una loca... ¡Ahl... No era á la farmacia, puesto que seguía, seguía, siempre rápida como el viento... y atravesaba la calle San Honoré... y llegaba á la de Rivoli!... ¡Iría á la Ópera Cómica, allí al lado, á buscar á una amiga... á pedir billetes para su amante... á hablar al director para ver si querían contratarla?... No... Más bien al Chatelett, en donde también se necesitan á veces hábiles bailarinas... Tampoco... Ya había llegado al puente... Y moderaba el paso... y se detenía á contemplar el reflejo de las linternas encarnadas, cuyas luces tiemblan en el agua del Sena como rubíes... ¿Y luego?... Muy despacio, muy despacio, continuaba hasta el otro borde del río... ¡Era imposible!... ¿La escalera?... Sí; bajaba por la escalera obscura, por la escalera estrecha, por la escalera de los muelles, por la escalera de los suicidas...

Rip-Rip precipitóse en pos de ella y la detuvo junto al parapeto.

—¡Luisa!—dijola con la voz temblequeante de

emoción.—¡Mi pobre Luisa, mi amiguita del alma!... ¿Qué es eso?

—Sufro mucho... Déjame Rip... No me detengas...

—Vamos... No seas niña... Dame el brazo...

Las lágrimas, contenidas durante largo rato, brotaron entonces de los párpados de la bailarina, que lloró, cual un niño, dejándose conducir por el clown hacia una cercana estación de coches.

Cuando los sollozos la permitieron articular algunas palabras, dijo, en tono lamentable, con frases sobrias, sin cólera ninguna, su fatal aventura (el dolor no es siempre elocuente):

—Acabo de sorprender á Eugenio y á Ofelia que me engañaban... En el almacén del concierto... Y como es natural, mi primer impulso fué morir... ahogada en el sena... una muerte que me refrescase las sienes... Creo que tengo calentura.

Rip-Rip también lloraba; pero, haciendo un esfuerzo, sonreía y hablaba tratando de calmarla, de consolarla. «No, no tenía calentura... No sería nada... Sin duda la cosa era desagradable, pero de

ningún modo valía la pena de morir... El había sufrido más que ella, y no se había matado ni una sola vez.»

—Más que yo no puede ser... Sufro mucho, mucho.

—Ya verás cómo nos vengamos de Ofelia.

—¿Para qué? El daño está hecho. Yo no soy vengativa, y lo único que deseo es que nadie sienta nunca lo que yo siento... Porque es terrible, Rip, lo que padezco... ¡Yo, que no tenía más amor que él... Yo, que soñaba en vivir así toda la vida... Yo, que no vivía sino por él... Y de repente todo se acaba, así... en un instante... ¿Para qué seguir viviendo?...

—Para complacerme á mí, que te quiero como si fueras hija mía...

—Tú eres muy bueno... Tengo sed... Hay algo que me quema, como una brasa en el estómago... ¡Y el corazón!... Parece que va á reventar mi corazón... ¡Cuánto sufro!

—Es necesario que tomes algo para dormir... En cuanto llegues á tu casa...

—¿A mi casa?... ¡Oh, no!... Eso jamás...

—Ven á la mía entonces. Yo tengo una antigua

criada que te cuidará como á un pájaro enfermo... Yo dormiré lo mismo en un hotel. ¿Quieres venir?

—Eres muy bueno, Rip... Lo único que quiero es morirme... no sufrir más...

Ya en casa del clown, después de tomarse, una tras otra, hasta seis copas de jerez, tuvo miedo á la soledad.

—No te marches—le dijo,—quédate aquí á mi lado.

—Me acostaré en el diván... Tú métete en la cama, y duerme... Lo que necesitas es descansar, calmarle los nervios...

«¿Descansar?... ¡Que locura!.. ¿Acaso podría ella descansar ya nunca en su vida?... Todo había terminado...»

Acostóse. En su cerebro febril, la misma lamentación seguía cantando en triste ritornelo, lento, lento, monótono, sin variación... «¡Que desgraciada era!...» No pensaba otra cosa. No sentía mas que eso: una gran desgracia, la impresión de una caída brusca dede muy alto, una inmensa piedad de sí misma... Sólo de vez en cuando la sombra fatal de Ofelia aparecía ante ella, desfigurada, riendo á carcajadas cual una bacante, y arrastrando detrás

de sí á Eugenio, loco de deseos, loco de amor. Porque Luisa estaba segura de que su amante tenía por la cantadora una pasión frenética... De lo contrario no la habría engañado...

—¿Verdad, Rip?

Al oír su nombre, en medio de la noche, el clown se volvió hacia el lecho y vió á su amiga, incorporada, con los cabellos despeinados y con los ojos brillantes de fiebre, sosteniéndose penosamente contra las cortinas.

—¿Qué?

—Nada... nada... una tontería... Tengo miedo de volverme loca...

Rip soñaba en sus propias penas pasadas, en la austriaca que le había hecho sufrir el tormento del engaño, en su razón perdida durante dos semanas...

La bailarina murmuró:

—Tengo sed...

Después de beber, preguntó, tratando de sonreír:

—¿Verdad que nunca has sufrido tanto como yo?

—Sí; mucho más.

Y sin saber si era para consolarla ó para des-

ahogarse, contóle con todos sus detalles la trágica historia de su matrimonio.

—¡Pobrecito!—murmuró Luisa al final, besándole las manos con gratitud.

III

—¡Es extraordinario!—murmuró el director de Maravillas, cuando Rip-Rip le hubo referido la anécdota pasional de la víspera—¡es extraordinario!

Después, como hablando consigo mismo, continuó:

—Y lo más triste es que en ese asunto el único que sale perdiendo soy yo... Porque la chica no querrá volver al concierto, como es natural.

—De ningún modo—dijo el clown.

—Pues peor para mí.

Sentado en su butaca directorial, ante una mesa llena de papeles multicolores, con la pipa entre los labios y el entrecejo fruncido, Roccario trataba de hallar un expediente cualquiera para conciliar, al